

Oreste Plath

Nuevos cuentistas peruanos



L Perú es una tierra pródiga en cuentistas, comenzando por don Ricardo Palma, aunque él, por nutrirse de historia o más bien de anécdotas archivadas y relatos de sobremesa, bautizó a su género con el nombre de tradición. En realidad, sus narraciones son cuentos por la gracia, la fantasía, la cohesión y, más que todo, por el abundante aporte personal que les dió el autor. Este patriarca de la literatura destaca su figura en forma muy nítida en el panorama de las letras peruanas y americanas. Es el dueño de un estilo peculiar y elegante y de un inimitable humor que gusta de burilar piezas ligeras, refulgentes muchas, brillantes las más, amables y sugestivas todas. Se podría afirmar que Palma es una suerte de alter-ego del cuento.

Avanzando en el tiempo y dentro de los límites de su patria, pues a ella se ciñe este estudio, encontramos a Abelardo Gamarra, que popularizó el seudónimo de El Tunante, donoso escritor de cuadros costum-

bristas, a los que poco faltó para ser cuentos, y de cuentos que fueron acabados cuadros costumbristas. Podemos comprobarlo en *Los Cholitos*, donde denuncia el tráfico de los pequeños indígenas, y también en *La Rabona* certera pintura de la mujer del soldado. Con Gamarra ingresa a la literatura peruana el espíritu criollo.

Podríamos apuntar otros muchos cuentistas, pero no es nuestro propósito presentarlos a todos ni hacer un índice. Numerosas páginas se necesitarían para estudiar a Ventura García Calderón, el celebrado autor de *La Venganza del Cóndor*; a Clemente Palma, que permanece un tanto solitario en América, con sus libros que intentan encerrar el misterio de las obras de Edgar Poe: *Cuentos Malévolos* e *Historietas Malignas*; a Manuel Beingolea, el elegante prosador de *Cuentos Pretéritos*; a Enrique López Albújar, el conocido hurgador del indio—que ha dado rango estético con gran fortuna, a sus experiencias de juez—en *Cuentos Andinos*, *Los Caballeros del Delito* y *Nuevos Cuentos Andinos*, etc. Todos ellos son escritores consagrados y clasificados. No podemos hacerlos concurrir, con presencia de obra y referencia abundante, a esta cita de *Nuevos Cuentistas Peruanos*.

Nosotros entendemos por nuevos no precisamente a los que incorporan un nombre reciente o naciente, sino a los que son nuevos dentro de las grandes líneas del

arte, los que abren ruta, ahondan en propias vetas, descubren inéditos panoramas o tienen una peculiar sensibilidad. Por eso, en esta galería de nuevos faltan, sin duda, algunos nombres y en cambio la abrimos con dos autores consagrados—e inclusive fallecidos, por desgracia,—cuya obra continúa en vigencia de novedad.

Así incluimos inicialmente a Abraham Valdelomar. Junto a Vallejo y Eguren, es sin duda uno de los artistas que más han influido en la literatura peruana, sin olvidar a don Manuel González Prada, que fué el primer insurgente. Valdelomar, de estilo brillante y fina sensibilidad, tuvo una gran facultad receptiva y se nutrió de exotismos y especialmente de d'anunzianismo. El captó e introdujo también la paradoja. Fundó la revista *Colónida* y agrupó en ella a un equipo novador. No tenía un plan preciso, una línea definida por seguir. En lo único que se identificaban los rebeldes, era en renegar del pasado. Romper violentamente con el ayer parecía ser su divisa, y, a base de una negación afirmaron. En realidad, Valdelomar llevó a *Colónida* una personalidad que ya se había mostrado con original mensaje en *El Caballero Carmelo*, cuento sobre un gallo de riña donde el criollismo deja su aspecto puramente folklórico para adquirir elevación estética. Este cuento abrió las puertas que guardaban un tesoro oculto. Valdelomar no perseveró mucho en la ruta y, en lo demás, no fué siempre un intérprete veraz. Sus indígenas eran

demasiado elegantes y finos, demasiado retocados por un refinado temperamento que amaba las joyas y el hedonismo. Pero de todos modos, la presencia de Valdelomar, en arte y vida, es anti-académica y anti-retórica y, por lo menos en tesis, peruanista. El Caballero Carmelo le da autenticidad. La literatura, que abre siempre paso a gonfaloneros gallardos, reconoció en Valdelomar a uno de ellos, lo admiró y, dentro de lo posible, lo siguió. Su huella se ahondó más a raíz de su muerte.

Con César Vallejo continúa nuestra selección. Grande y torturado espíritu el de este poeta indio que escribió también prosa, en la cual ha dejado páginas que han de valorar y revalorar el tiempo. Lamentamos no tener a la mano *Cera*, cuento de excelente factura y gran penetración psicológica, donde los abismos del suburbio y del juego están pintados por mano maestra. Con los *Heraldos Negros*, *Trilce* y *Poemas Humanos*, Vallejo tiene asegurado un lugar señero en la poesía americana. Pero no por eso se le puede posponer como prosista. Tenía mirada propia y voz también muy suya, y sus obras, llenas de un dolor presente y ancestral, incorporan la nota india con una pureza que desdeña el colorín.

Después, vienen los de ahora o los de reciente data, a los que podemos llamar en todo sentido nuevos, y que levantan su nombre y su obra sobre el perfil inquieto de estos años. Nos permitimos cierto desorden al mostrarlos, porque no queremos escalonamientos y

porque por muchas que sean nuestras preferencias, estamos seguros de que la mejor ubicación vendrá del tiempo. Esas figuras mozas resisten el anaquel que es, al fin y al cabo, una delimitación de posibilidades. Casi todas ellas se encuentran en plena tarea de creación y no tenemos la pretensión de anticiparnos a un porvenir que sabrá, él solo, donde han de caer sus livianas flechas.

Martín Adán, poeta puro y refinado esteta, levanta una Casa de Cartón llena de ironía y metáforas. El representa, hasta cierto punto, la corriente que mantiene una actitud aislacionista y se dedica exclusivamente al arte. Ultimamente ha escrito gongorinos versos a la rosa. ¿Tornará a la prosa? De cualquier modo, a ella llevó una vibración inédita y su aparición fué saludada jubilosamente por espíritus tan finos como el de José Carlos Mariátegui.

Emilio Armaza no ha publicado ningún libro en prosa y sí dos de versos. Su tarea de cuentista aparece desperdigada en diarios y revistas. Dar un juicio amplio sobre su obra nos pondría en peligro de error, ya que lo que conocemos de él es relativamente poco. Sus cuentos tienen un trazo seguro y firme y revelan agudas dotes de observador.

Lizandro Luna, escritor puneño, está igualmente disperso en periódicos y ningún libro da cuenta cohesionada de su labor. Gran conocedor del indio y de la naturaleza andina, sus cuentos y relatos están levantados sobre una experiencia sólida. Si a esto agregamos

un estilo parejo, bastante personal, y una especial manera de tratar los temas, nos encontraremos con un cuentista que une a su regionalismo panteísta una buena calidad literaria.

Manuel Tamayo es, como Fernando Romero, un cuentista de la selva, a la que en el Perú se le llama, bastante impropiamente, «montaña». Se distingue por su estilo parco—la selva dió un Rivera verboso hasta la proclama y la arenga—y por su documentación. Sus últimos cuentos lo muestran muy superado en amenidad y soltura.

José Diez-Canseco incorpora a la literatura peruana la nota mulata y zamba. Sus producciones muestran un temperamento plástico que sabe dar toques de gran relieve y colorido. *El Gaviota*, *El Kilómetro 83* y *Estampas Mulatas*, lo presentan con excelentes dotes de narrador. Afronta y resuelve sus temas con gracia y sabe animarlos con escenas y detalles muy vívidos.

Ricardo Alcalde Mongrutt incide, igualmente en el tema zambo. Tiene mucha «lisura», gran conocimiento del medio, desbordante espíritu festivo. Sus cuadros destilan alma criolla y un «que sí, que no»—para hablar con una frase suya—que se encuentra entre líneas y hace el principal encanto de su literatura, dándole inconfundible sello.

Arturo Jiménez Borja recoge fábulas y leyendas peruanas redactándolas con sencillez y vigor y sin restarles su sabor popular, su acento vernáculo. Ha enri-

quecido la bibliografía de su país, tan extrañamente escasa en este sentido, con el libro **Cuentos Peruanos**.

Héctor Velarde es un humorista, pero no, como pudiera sospecharse por rutina, un espíritu criollo. Su humor se nutre de ironía y no de chiste ni de gracejo. Una filosofía de tenue *escepsis* lo hace elegantemente burlón. Arquitecto y matemático, no son pocas las veces en que sus conocimientos técnicos van en auxilio de su risa. Buscándole antecedentes literarios se llegaría a tierras extranjeras. Es un caso raro en su país y en América.

Ciro Alegría es uno de los más interesantes escritores del Perú. Novelista ante todo, con *La Serpiente de Oro* (Premio Nascimento 1935). *Los Perros Hambrientos* ha impuesto una literatura peruana de interés universal. Su primera obra ha sido adaptada para los niños y publicada en una colección de novelas famosas, traducida al inglés y al alemán, y comentada con elogio a donde ha llegado. Siendo Alegría profundamente peruano, ha salvado las fronteras por su gallardo estilo, su brillante colorido y su poderoso aliento humano. *Los Perros Hambrientos* confirma ampliamente las condiciones que demuestra Alegría en su primera obra. Pero, viene *El Mundo es Ancho y Ajeno* y la literatura hispanoamericana cobra con este libro ya un interés mundial. (Premiado en los Estados Unidos).

No sabríamos decir si acaso **Ciro Alegría**, como

cuentista, está a la misma altura que como novelista y dramaturgo. El teatro americano le debe el drama *Génesis*, de gran vuelo ideológico, y plástico y poético desarrollo. Pero se hallan, además, en sus cuentos, el estilo fácil y elegante, la técnica segura; la penetración aguda que lo caracterizan. Alegria vivió su niñez y parte de su adolescencia en la sierra del norte del Perú y también ha visitado en posteriores ocasiones esos lugares, que son escenarios de sus obras. Conoce sus personajes y el medio en que actúan, pero su verismo no excluye la fantasía. Trabajando sobre materiales realistas, su capacidad imaginativa y su aptitud para la metáfora dan a sus obras un sutil resplandor, una legítima atmósfera de arte.

José María Arguedas ha nacido entre indios, vivido entre indios, y él mismo—aunque de raza mestiza—es un indio por el espíritu. Declara que no es escritor de oficio y que, en todo caso, el castellano no le sirve. Recientemente publicó un artículo hablando de la imposibilidad de traducir en buen romance sus emociones quechuas. Así, no se extraña que su literatura muestre desaliño, una simplicidad y hasta monotonía idiomática que echarían a perder a cualquier otro. A él, más bien le prestan carácter, porque, a pesar de tales deficiencias, su literatura se impone por su fuerza patética, un desnudo verismo, la captación exacta del indio y cierto vibrante y profundo lirismo, que es el fondo del alma quechua. La vida indígena tiene en Arguedas a un expositor emocionado y fiel. Como

caso individual fuera de sus méritos literarios, el de Arguedas es digno de estudio. En esta ocasión el hecho se complica con la circunstancia, acaso única o muy rara, de un escritor que tiene que trabajar en idioma distinto del reclamado por su espíritu y su raza.

Fernando Romero, como ya dijimos, ha trabajado sobre la «Montaña». Sus Doce Novelas de la Selva lo colocan en un lugar destacado entre los cuentistas americanos. En Chile sobre todo, se leyó y comentó mucho su obra, divulgada por Pedro Prado. Tiene amenidad, fuerza sugestiva, esa capacidad de interesar que es característica del cuentista de clase. Dueño de un estilo preciso, fácil y desenvuelto, da carácter a los hombres y al paisaje a grandes y resueltos trazos. Su condición de marino lo pone en aptitud de adquirir muchas experiencias. También ha escrito cuentos costeros Mar y Playa, y un ensayo sobre la Costa Zambá.

Armando Bazán, viajero incansable, ha mostrado en el extranjero, antes que en su país, estampas de sabor local. En sus cuentos está la sal y pimienta de las historias, de los escándalos y de las tragedias de los pueblecitos peruanos.

Cierra nuestra selección Adalberto Varallanos, joven muerto cuya obra permanece en el recuerdo de su generación y en páginas que en parte han sido publicadas.

Estos son los autores que hemos podido reunir bajo el título de **Nuevos Cuentistas Peruanos**. Quizá falten algunos. En el Perú es difícil formarse un concepto panorámico de la literatura próxima, pues existe bastante desvinculación entre los escritores, y ella, añadida al hecho de que se publica poco, se acentúa en cuanto a las relaciones entre Lima y provincias. Después de todo, estimamos que los valores más interesantes están expuestos aquí y con esto se cumple nuestro objetivo, que ha sido el de agruparlos para dar una impresión de conjunto de la nueva literatura peruana, en lo que concierne al género del cuento.

Repetimos que casi todos los escritores que mostramos se encuentran, con más o menos intensidad, en plena labor, y no queremos hacer, en ningún caso particular, el barato papel de augures. Nuestra apreciación, por eso, se ha mantenido dentro de los términos de una constatación de resultados. El futuro dirá su última palabra sobre cada cual.

Lo que se puede afirmar, desde luego, es que todos tienen recia personalidad—en cada caso muy característica por sí misma y por la propia influencia telúrica de su país—y que forman en conjunto, una promisoría gavilla.